

la prensa se abstuvo de contestar á las provocaciones de los periódicos alemanes. El gabinete, por su parte, no cometió falta alguna: Goblet negóse á hacer una declaración pacífica en la tribuna, puesto que era muy conocida su manera de pensar y de sentir, y prohibió al ministro de la Guerra que enviase un solo soldado á la frontera, con lo cual asumía una gran responsabilidad si esta frontera era atacada, como había estado á punto de serlo en 1875. Quizá los recuerdos de esta fecha inspiraron al general Boulanger la idea de escribir al zar ó al ministro de la Guerra de Rusia. El Sr. Flourens, que en tan graves circunstancias dió pruebas de un tacto y una habilidad consumados, logró impedir que Boulanger diese aquel paso, al que quitó de antemano todo carácter inquietante, revelándoloau dazmente al embajador de Alemania. Por otra parte, Rusia estaba muy resuelta á no intervenir en favor de nadie: un artículo de su órgano oficioso, *Le Nord*, lo anunció á Europa el 19 de febrero.

Cuando las elecciones hubieron llevado al Reichstag suficiente número de conservadores, nacionales liberales y diputados del centro, dóciles á las instrucciones políticas de León XIII, para formar una mayoría favorable al septenio militar, la calma esperada no se produjo. Bismarck, en medio de sus triunfos, había sufrido derrotas para él muy sensibles. La Alsacia-Lorena, afirmando una vez más su fidelidad á Francia, había nombrado quince diputados antialemanes. El país expió aquel acto de patriotismo sufriendo prisiones arbitrarias, registros domiciliarios y la persecución administrativa bajo todas las formas imaginables. Mientras la policía prusiana buscaba á los criminales de lesa majestad para enviarlos ante el tribunal de Leipzig, redoblóse la vigilancia en la frontera, vigilancia que hubiera debido servir de aviso al gobierno francés. Pero éste, después del voto del septenio, que tuvo efecto el 11 de marzo, había olvidado la alarma del mes de febrero y no esperaba la provocación gratuita de que iba á ser objeto.

El 21 de abril, un despacho telegráfico de la *Agencia Havas* anunció que un comisario especial de Pagny-sur-Moselle, el Sr. Schnaebelé, había sido detenido en territorio alemán, á pocos pasos de la frontera, maniatado, conducido á Noveant y finalmente á Metz, donde se le había tomado declaración. El telegrama de la *Agencia Havas* añadía que Schnaebelé, puesto por su servicio en relaciones frecuentes con el Sr. Gautsch, comisario de policía alemán en Ars-sur-Moselle, había sin duda sido víctima de una celada. La noticia causó en París una emoción no exenta de estupor; bajó la bolsa, como en febrero, y todo el país esperó con viva ansiedad explicaciones del gobierno. Afortunadamente las Cámaras estaban de vacaciones y no era de temer que se pronunciase alguna palabra irreparable en la tribuna. El gobierno no estaba más enterado que el público y, en su incertidumbre, no pudo hacer más que preguntar al Sr. Herbet, embajador de Francia en Berlín, los motivos de la detención del comisario Schnaebelé y mandar proceder á una información en Pagny-sur-Moselle, por medio de los ministros del Interior y de Gracia y Justicia.

De la información resultaron preciosas indicaciones. Dos obreros que trabajaban en un campo inmediato al lugar de la detención, afirmaron que Schnaebelé, des-

pués de haber sido atacado, retrocedió, seguido de sus agresores, los cuales, ya en territorio francés, le derribaron al suelo. Por otra parte, entre los papeles de la comisaría especial de Pagny-sur-Moselle se encontraron varias cartas del Sr. Gautsch dando citas á su colega francés. Provisto de estos informes, Flourens pudo enviar al gabinete de Berlín una nota irrefutable. O Schnaebelé fué preso en Francia, y entonces hubo violación de territorio, ó fué preso en Alemania, provisto de una carta de Gautsch equivalente á un salvoconducto, y, en este caso, hubo celada.

En París, el Sr. de Leyden, encargado de negocios en ausencia del embajador de Alemania, antes de conocer la opinión de su gobierno, consideraba la prisión de Schnaebelé como arbitraria y anunció que si de la información alemana resultaba probado este vicio de forma, se pondría en libertad á Schnaebelé. La prueba hubiera podido producirse desde el primer momento; pero Bismarck, que comprendía que la razón no estaba de su parte, quiso al menos ganar tiempo y, el 25 de abril, mandó decir á Flourens por el Sr. de Leyden que no se había completado la información. El 29 del mismo mes, entregó al Sr. Herbet una nota larga y trabajosa que concluía con el anuncio de la libertad de Schnaebelé. ¿Había estado este agente en relaciones con un alsaciano inculpaado de alta traición, como pretendía la nota alemana? Punto fué este que no se aclaró jamás.

Las circunstancias en que se había producido la detención de Schnaebelé hacían de esta medida un verdadero atentado al derecho de gentes. La prensa independiente de todos países condenó semejantes procedimientos propios de otra edad. En general Europa censuró al gobierno prusiano. Francia se sintió vivamente lastimada por aquel nuevo ultraje, más humillante para una nación libre y altiva que una derrota ó un tributo. ¿A qué móviles obedeció el canciller del Imperio? ¿Qué razones le inducían, después del voto del 11 de marzo, á imponer á Francia aquella alarma perpetua, á multiplicar los incidentes de frontera, á arrimar la tea del incendio á todos los barriles de pólvora?

Semejante estado de espíritu del canciller imponía una gran reserva á los hombres de Estado franceses. Todos los colegas de Goblet eran capaces de guardar esta reserva, á excepción del general Boulanger. Este era el único que no podía cumplir simplemente con su deber, sin bravatas y sin ruido, y se creyó que el servicio extraoficial de informes que funcionaba en el ministerio de la Guerra, fuera del servicio regular, cometió algunas imprudencias. El ministro de la Guerra no se distinguió nunca por la habilidad y el tacto. No debió mostrar ninguna de estas cualidades en sus actos secretos, cuando sus actos públicos carecían completamente de ellas.

No aludimos á ciertas medidas extrañas, como el uso de la barba en el ejército, uso obligatorio para los soldados y facultativo para los oficiales; aludimos á los autoritarios procedimientos del general respecto á la Comisión parlamentaria del ejército. Los proyectos de reforma con que había substituído á los de sus antecesores eran sometidos á dicha Comisión, la cual se había pronunciado, como el ministro, acerca del servicio de tres años y el reclutamiento de cabos y sargentos. Pero

la proyectada supresión de la Escuela politécnica encontró viva oposición. El general Boulanger, que tenía empeño en realizar su proyecto, escribió *ab irato* al presidente de la Comisión, Sr. de Mahy, presentándose como verdadero defensor de los principios democráticos y reprochando á la Comisión «sus extravíos monárquicos.» La Comisión no aceptó aquella lección de democracia; exigió excusas, las obtuvo; pero la reconciliación no fué más que superficial.

El general Boulanger fundó el Círculo de oficiales de París, cuya inauguración hubiera querido celebrar con una fiesta militar, y salió del ministerio el día antes del señalado para esta fiesta. No se retiró como los demás ministros, sino que, imitando á los generales que abandonan el mando de un cuerpo de ejército, dirigió una orden del día á los oficiales y á los soldados, diciéndoles que el respeto á las leyes constitucionales debía dominar, en sus corazones, á todos los demás sentimientos, y obligándose personalmente á dar el ejemplo de la doble disciplina militar y republicana. De la misma manera, Luis Napoleón Bonaparte, en diciembre de 1848, había prestado juramento á la República, con un acento de sinceridad que impresionó á todos los representantes del pueblo.

La discusión de los presupuestos con los incidentes de la política exterior, llena la historia del ministerio Goblet. Mencionaremos aquí los acontecimientos, poco numerosos, que se produjeron entre la votación de los presupuestos de 1887 y la discusión de los de 1888. Las elecciones legislativas parciales fueron frecuentes durante los cuatro primeros meses del año y resultaron favorables á los republicanos. El triunfo de éstos fué debido á varias causas. Después de su victoria del 4 de octubre, los monárquicos se encontraron faltos de hombres bastante acreditados para sostener la lucha con probabilidades de éxito. Por otra parte, el ministro del Interior no vacilaba en recurrir á la medida extrema de la disolución de un Ayuntamiento, cuando la ley era completamente violada. El 18 de marzo, el Consejo municipal de Marsella levantó la sesión en honor y conmemoración de la *Commune*, y fué disuelto por aquella manifestación contraria á la Constitución y al orden público. Los electores lo reemplazaron por otro Ayuntamiento más sensato, á quien costó gran trabajo poner un poco de orden en la hacienda municipal.

París tuvo también que reelegir su Consejo, cuyo mandato había expirado. En los días 8 y 15 de mayo de 1887 eligió 45 autonomistas, 13 republicanos, 11 socialistas y 11 conservadores. Los republicanos sin calificativo constituyeron una débil minoría.

La dificultad de equilibrar los presupuestos había hecho buscar todas las materias imponibles, y la Cámara y el Senado se mostraban más proteccionistas que el gobierno. Desde el 17 de febrero hasta el 4 de marzo, la Cámara discutió el recargo de la tarifa sobre los cereales, que fué elevada á cinco francos por 312 votos contra 233, aunque añadiendo á la ley un artículo extraño que autorizaba al gobierno á suspender el recargo si el pan resultaba demasiado caro. Votada por el Senado, la ley promulgóse el 29 de marzo. Llegó el turno al ganado, cuyas tarifas fueron elevadas al extremo de pagar por cabeza 38 francos los bueyes, 20 las vacas, 8 las terneras y 5 los corderos. Los librecambis-

tas debieron su última victoria á Rouvier, que hizo desear el recargo sobre el maíz y el arroz empleados para la destilación. El Senado aceptó los derechos sobre el ganado, y más proteccionista esta vez que la Cámara, desechó el tratado de comercio franco-griego, que disminuía la tarifa sobre las pasas. Merced á la intervención de Goblet, que pronunció uno de sus mejores discursos, la Cámara, cuyas divisiones y falta de espíritu gubernamental sobrevivían fatalmente á los cambios ministeriales, concedió al Sr. Dauphin el crédito extraordinario de un millón y medio que necesitaba el Estado para pagar al personal del ministerio de Hacienda.

La política colonial, bajo el ministerio Goblet, ofreció pocos incidentes notables. Tamatava fué evacuado el 14 de enero por los franceses, según lo convenido. El Sr. Constans desempeñó con éxito la misión comercial que se le había confiado en Pekín. El convenio de Bruselas, firmado el 30 de abril, fijó en el fondo del valle del Ubanghi la frontera entre el Congo francés y el Estado libre.

En un discurso pronunciado en el Havre con motivo de una exposición colonial, Goblet, renunciando á trazar un programa interior, expuso las grandes líneas de su política exterior y pudo observarse que el presidente del Consejo no hablaba como un vencido. «Francia, dijo, parece haberse formado un temperamento nuevo, en que la calma, la sangre fría y la resolución ocupan definitivamente el lugar de aquella nerviosidad, de aquel ardor algo inconsistente que nos valió repetidas censuras.» Esta alusión á los incidentes de febrero y de abril, el temor manifestado incidentalmente de que el tiempo de las vicisitudes no hubiese aún pasado del todo y las seguridades pacíficas repetidas por el jefe del gobierno en aquella fiesta de la paz, fueron acogidas como merecían serlo. Sin embargo, los hombres prudentes y previsores escucharon con alguna inquietud el comentario que añadió Goblet á sus palabras. Cuando recordó que el gobierno había sentido vibrar el alma de Francia entera; cuando dijo que la nación, dispuesta á acoger con alegría y reciprocidad todas las simpatías, no estaría menos dispuesta, si necesario fuese, á hacer frente á injustas agresiones, encontraron que quizá se excedía un poco; recordaron que tenía en el gabinete un colega que se excedía siempre, y se preguntaron si aquel lenguaje no repercutiría en Alsacia.

Ya en la primavera el general Boulanger había anunciado que procedería en otoño á un ejercicio de movilización en el Oeste ó en el Mediodía de Francia, ejercicio muy legítimo y muy útil, pero que era superfluo y poco hábil, tanto desde el punto de vista técnico como desde el punto de vista político, anunciar con tanta anticipación. ¿Había necesidad de proporcionar pretextos á Alemania, que continuaba expulsando franceses domiciliados en Alsacia, prendiendo alsacianos é instruyendo procesos de alta traición? Sí, el alma de Francia había vibrado ante ciertas amenazas; pero muchos franceses estaban poseídos de una angustia patriótica y se preguntaban si todos los miembros del gabinete empleaban el tacto y la prudencia convenientes en las delicadas relaciones que debían mantenerse con Alemania. Tales eran las preocupaciones de los hombres claudicantes, que habían de influir en la discusión de los

presupuestos en que se decidió la suerte del gabinete. El Sr. Dauphin había presentado el 21 de marzo en la Cámara los presupuestos de 1888. Los gastos, 58 millones más crecidos que los del año corriente, arrojaban un total de 3.253 millones. Como los ingresos sólo estaban presupuestados en 2.935 millones, el ministro se veía obligado á arbitrar 133 millones, que pedía á nuevos impuestos, y los 182 millones necesarios para un equilibrio al menos aparente, que esperaba de un empréstito con amortización y reconstitución del capital. La Cámara era poco favorable á toda clase de empréstitos.

El 2 de abril, Rouvier había pedido á la Asamblea que se eligiese la Comisión de presupuestos, no en las secciones por escrutinio uninominal, sino en sesión pública y por escrutinio de lista. La proposición había sido acogida por 274 votos contra 249, y la Comisión, nombrada en estas condiciones, no contuvo más que miembros de la izquierda, aunque todos de una competencia incontestable. Apenas constituida, eligió presidente á Rouvier; empezó á examinar el proyecto de Dauphin, y por unanimidad se mostró opuesta á las combinaciones financieras del ministro, á los impuestos y al empréstito. Las Cámaras suspendieron sus sesiones el 5 de abril; la Comisión continuó celebrando las suyas hasta el 8; antes de separarse para las vacaciones de Pascua, invitó al gobierno á que aprovecharse el interregno parlamentario para buscar en los diversos departamentos ministeriales las economías posibles. Ello era tanto más difícil cuanto que, después de las economías ya realizadas, ciertos artículos del presupuesto no podían reducirse más y ni la Comisión ni la Cámara admitían que se tocara á ciertos otros.

Al reanudarse la legislatura, que tuvo efecto el 10 de mayo, Dauphin había logrado, sin embargo, encontrar nueve millones de economía en Guerra, millón y medio en Hacienda, un millón en Obras públicas, otro millón en los Protectorados y 200.000 francos en el Interior. La Comisión declaró insuficientes estas economías y reclamó otras. El presidente del Consejo le escribió que el gobierno estudiaría las que la Comisión propusiese ó fuesen indicadas por los ponentes especiales de cada ministerio. La Comisión, estimando que el procedimiento recomendado por Goblet trocaba los papeles, que tocaba al gobierno y no á ella indicar los servicios públicos cuyos créditos podían ser reducidos sin peligro para la buena administración, decidió por una gran mayoría someter á la Cámara un proyecto de resolución así concebido: «La Cámara, considerando que las economías introducidas en el presupuesto de 1888 son insuficientes, invita al gobierno á que le someta nuevas proposiciones.» En el fondo, el disentimiento financiero no era más que un pretexto; era una cuestión política la que iba á decidirse en la sesión del 17 de mayo.

El ponente de la Comisión, Camilo Pelletán, había motivado sus conclusiones con una moderación y una deferencia para con el gabinete que este temible adversario no había empleado con ninguno de los gobiernos anteriores. En la discusión guardó hábilmente la misma reserva, y se limitó, como Rouvier, á poner de manifiesto que la cifra de los gastos en el presupuesto de 1888 era superior á la del presupuesto de 1887. Ello era la evidencia, pero no era la cuestión, y ésta tam-

co fué abordada por el ministro de Hacienda, que se mantuvo en el terreno muy circunscrito de la carta de Goblet, declarándose dispuesto á estudiar las nuevas proposiciones de la Comisión. La verdadera discusión no empezó sino con el presidente del Consejo, quien rasgó los velos, dispuso las tinieblas y planteó claramente la cuestión de confianza. Seis órdenes del día fueron presentadas en forma de enmienda al proyecto de la Comisión. El gobierno aceptó la de Anatolio de la Forge, así concebida: «La Cámara, contando con el patriotismo del gobierno y de la Comisión, afirmando de nuevo la necesidad de una política de economías y esperando del acuerdo del gobierno y de la Comisión el equilibrio real de los presupuestos, pasa á la orden del día.» A fin de disipar las últimas dudas, Goblet volvió á subir á la tribuna y planteó así la cuestión: «La Comisión ¿quiere buscar las economías, de acuerdo con el gobierno, ó no quiere?» El gobierno, contestó Rouvier, acaba de declarar que no puede comprometerse de antemano á operar una reducción de 30 millones, que á esto se reduce la cuestión, en los 1.500 millones de gastos que quedan en el presupuesto, no contando más que la parte reducible. La Cámara apreciará, pero al menos no habrá duda ni error en su decisión.

Su decisión fué, en efecto, muy clara y terminante. La orden del día de Anatolio de la Forge fué desechada por 275 votos contra 257. Julio Ferry, Reynal, Spuller, Meline, con 54 de sus colegas de la unión de las izquierdas, habían unido sus votos á los de los diputados de la derecha y de la extrema izquierda contra el gabinete, pero mucho menos contra Goblet que contra el general Boulanger. Proclamada la votación, el presidente del Consejo anunció que el gobierno se desinteresaba de la continuación del debate; las cinco órdenes del día presentadas fueron retiradas por sus autores y la resolución de la comisión fué adoptada por 306 votos contra 133.

Entre este voto y la reconstitución del gabinete, el Consejo de Estado emitió su fallo sobre el recurso de los príncipes eliminados del ejército, el Senado adoptó un recargo temporal de 10 francos sobre los azúcares y la Cámara tomó en consideración una proposición de Martin-Nadaud sobre el derecho de los válidos al trabajo y de los inválidos á las asistencias.

Así sucumbió, después de una existencia de cinco meses y seis días, el ministerio presidido por René Goblet. Desde la elevación de Grevy á la presidencia de la República, ningún gabinete había durado tan poco. Y, sin embargo, ninguno contenía tantos hombres de talento. Pero no todos estaban en su puesto. Más hubiera valido confiar la cartera de Hacienda á un financiero competente que á un magistrado distinguido como Dauphin; y más hubiera valido, sobre todo, poner al frente del ministerio de la Guerra á un soldado modesto y abnegado, que hubiese trabajado sin ruido en pro de la defensa nacional, con más conciencia y menos penacho. Muchos ministros habían desfilado por el hotel de la calle de Saint-Dominique, desde el 4 de septiembre de 1870 hasta el 30 de mayo de 1887: ninguno había tenido el culto de su personalidad en tan alto grado como el general Boulanger, ninguno había mostrado una ambición á la vez tan desmedida y tan cándida, ninguno había hecho uso tan cínicamente de los medios que su cargo ponía á su disposición para

crearse una popularidad malsana. El general que Goblet tenía por compañero en el Consejo de ministros no era impenetrable, y es de extrañar que el jefe del gobierno no hubiese visto, bajo la capa del patriota jactancioso, al vulgar conspirador.

XVIII

Ninguna crisis ministerial duró tanto ni fué tan penosa y confusa como la que medió entre la dimisión de Goblet (17 de mayo) y la constitución del gabinete Rouvier (30 de mayo). Y es que la crisis no existía únicamente en las Cámaras, sino que existía también en el pueblo; es que el desorden no reinaba tan sólo en el espíritu de los hombres políticos, que vacilaban entre su patriotismo y sus intereses, sino que reinaba también en el espíritu de las masas, fluctuante entre sus instintos conservadores y sus aspiraciones reformadoras. Cada cual experimentaba un vago malestar, pero nadie vislumbraba el remedio y lo que se traslucía de las negociaciones entabladas en el Eliseo no era propio para inspirar confianza y seguridad.

Grevy, que no se daba nunca prisa, cuando algún voto de la Cámara le sacaba de la calma majestuosa en que se complacía, no llamó á ningún hombre político hasta el 18 de mayo, y, obedeciendo á invencibles preferencias, dirigióse á Freycinet, quien empezó inmediatamente sus gestiones, consultando á Clemenceau. El orador y jefe de la izquierda radical no negó su concurso, pero puso por condiciones que el gabinete había de tener un programa de reformas y ser radical homogéneo. Estas condiciones no fueron aceptadas por Freycinet, que estaba por la mezcla de elementos radicales y elementos moderados. Tampoco fueron aceptadas por él las condiciones de los oportunistas, á quienes había recurrido, y Freycinet hizo saber á Grevy que, no habiendo podido asegurarse el concurso de la izquierda radical ni de la unión de las izquierdas, renunciaba á continuar las negociaciones.

Indicóse á diferentes hombres para la presidencia del Consejo, después del desestimiento de Freycinet. Durante veinticuatro horas se consideró como seguro un ministerio Duclerc. El 24 de mayo se supo al mismo tiempo que la combinación Duclerc había fracasado y que una combinación Floquet estaba á punto de realizarse. El presidente de la Cámara era partidario de la formación de un gabinete de concentración, del mantenimiento del general Boulanger. No prosperó la idea y Floquet renunció á su vez á formar gobierno.

Súpose entonces con estupor profundo que Grevy había vuelto á llamar á Freycinet. Empeñado éste en su primera combinación, apeló nuevamente á Clemenceau, con quien tampoco pudo entenderse esta vez. Privado del apoyo del jefe de los radicales, Freycinet quedaba en el aire, sin programa y sin más colaborador seguro que el general Boulanger, de quien persistía en no querer separarse. Semejante obstinación determinó la intervención insólita de los grupos republicanos del Senado. Después de una reunión en pleno de las tres izquierdas, los presidentes se avistaron con Freycinet y luego con Grevy, declarando enérgicamente que ningún gabinete en que figurase el general Boulanger obtendría el concurso de la mayoría senatorial. Entonces Freyci-

net declinó definitivamente la misión de formar gabinete.

Los radicales triunfaron, creyendo que después de todos aquellos fracasos había llegado la hora de Clemenceau; pero el llamado al Eliseo fué Rouvier.

Dos veces durante la crisis, el 20 y el 25 de mayo, el Sr. de Mackau, presidente de los dos grupos de la derecha, había visitado espontáneamente á Grevy, dándole á conocer el programa que la derecha acababa de adoptar, programa que se reducía á cuatro artículos: la derecha renunciaba á la oposición sistemática; apoyaría todas las medidas conservadoras y liberales; combatiría todas las medidas antirreligiosas y antisociales; no admitiría empréstitos, ni contribuciones nuevas, pero sería favorable á una política de rigurosa economía. El anuncio de tales disposiciones de la derecha, después de haber fracasado tantas combinaciones, sugirió á Grevy la idea de una combinación nueva, en que la izquierda moderada representase el principal papel y pudiese resistir á las exigencias de la extrema izquierda y de la izquierda radical, estando segura, no de la benevolencia, sino de la neutralidad ó la abstención de los monárquicos.

Rouvier constituyó rápidamente su ministerio con individuos de la izquierda radical, como Heredia, Barbe y Dautresme, que aceptaron respectivamente las carteras de Obras públicas, Agricultura é Industria y Comercio, y con republicanos menos avanzados á quienes fueron confiadas las carteras más importantes: Mazeau en Gracia y Justicia, Flourens en los Negocios extranjeros, Fallieres en el Interior, Barbey en Marina, Spuller en Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes, y el general Ferrón en Guerra. Rouvier se encargó del ministerio de Hacienda y suprimió el de Correos y Telégrafos, cuya dirección fué confiada al consejero de Estado Sr. Coulón.

La constitución del gabinete Rouvier tiene singular importancia en la historia de la presidencia de Grevy. Por primera vez, desde el 30 de enero de 1879, el presidente de la República reemplazaba un ministerio radical por un ministerio compuesto de miembros tan republicanos como sus antecesores, pero que iban á inclinarse un poco más hacia la derecha. En la fracción más avanzada del partido republicano cundió una profunda irritación contra Grevy. Cubierta por el respeto constitucional, esta irritación no se reveló en seguida, pero había de manifestarse á la primera ocasión y, mientras tanto, estalló en rencorosos ataques contra el gabinete, pues los radicales pretendían que era esclavo de la derecha y los boulangéristas afirmaban que vivía bajo la protección de Alemania. Estos ataques eran tan injustos como necios. Rouvier, uno de los hombres más considerables del partido republicano, ex ministro de Gambetta, ex presidente de la comisión de presupuestos, uno de los primeros oradores económicos de la Cámara y su hacendista más notable, fué tratado como un diputado sin mérito alguno, llamado á la jefatura del gobierno por un capricho del poder ejecutivo. Sus compañeros de gabinete fueron presentados como hechuras de Bismarck, y ni Spuller, ni Fallieres, ni Etienne fueron respetados por los Rochefort á los Derouléde.

El 31 de mayo, Rouvier leyó una declaración minis-